

Francisco José Fernández García

EL AMOR DE DIOS



SENDEROS

© Herederos de Francisco José Fernández García
© Editorial Senderos (2025)

ISBN: 978-84-124528-9-1
DL: SE-838-2025

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio
DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS
C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco – Bloque 6 – Local 7
41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

ÍNDICE

<i>PRÓLOGO</i> , Manuel Palma Ramírez	II
<i>INTRODUCCIÓN</i>	17
<i>CAPÍTULO I: EL AMOR SOBREABUNDANTE DE DIOS</i> . . .	21
I. EL AMOR DE DIOS	21
1.1. La realidad del amor	21
1.2. Ser Dios	23
1.3. Amor divino	25
2. LA CREACIÓN. DERROCHE DE AMOR	27
2.1. El amor es libre	27
2.2. La alteridad del amor	29
2.3. La creación, locura de amor	31
3. EL HOMBRE. IMAGEN Y SEMEJANZA DEL DIOS-AMOR . . .	33
3.1. El estado original	34
3.2. El odio frente al amor. El pecado original	36
3.3. El amor es más fuerte que la muerte. El hombre <i>capax dei</i>	37
<i>CAPÍTULO II: LA REVELACIÓN. HISTORIA DE AMOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES</i>	41
I. EL NOVIAZGO DE DIOS CON LA HUMANIDAD	41
1.1. La revelación. Palabras de amor	41
1.2. Dios «pretende» a los hombres. Las promesas	43
1.3. Dios «ennovia» con los hombres. La alianza con el pueblo	45
2. LAS BODAS DEL CORDERO	47
2.1. Infidelidad del amado. El ministerio de los profetas	48
2.2. «Llega el esposo»	49
2.3. El misterio pascual. Desposorio de Dios con los hombres	52
3. LA FE, RESPUESTA AL AMOR DE DIOS	54
3.1. María. Arca de la alianza del amor de Dios a los hombres	55
3.2. María. Bienaventurada porque ha creído	56
3.3. María. Imagen del nuevo pueblo de dios	58

<i>CAPÍTULO III: LA NUEVA CREACIÓN. VIDA EN EL AMOR .</i>	61
1. LA IGLESIA. COMUNIDAD AMOROSA DE LOS HIJOS DE DIOS	61
1.1. La efusión del espíritu. Recreación humana y fundación de la Iglesia	61
1.2. La Iglesia. Un pueblo santo, universal y apostólico . . .	63
1.3. La Iglesia. Sacramento del amor entre Dios y los hombres	65
2. LOS SIGNOS DEL AMOR DE DIOS	67
2.1. Los sacramentos, amor significado	67
2.2. Los sacramentos, amor cotidiano	69
2.3. La eucaristía, el gran sacramento del amor de Dios . . .	71
3. LA TENSIÓN ESCATOLÓGICA DE LA VIDA EN EL AMOR . .	73
3.1. La moral. Modo de vida en el amor	73
3.2. El juicio particular. Examen del amor	76
3.3. La parusía. El fin del amor	77
<i>CONCLUSIÓN</i>	81
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	83

PRÓLOGO

CUANDO fue concluida esta obra en el año 2017, cuantos tuvimos la ocasión de conocerla encontramos en ella un texto teológico de gran nivel, en el que se intuye la sensibilidad de quien la escribió y, sobre todo, el rigor de la investigación que llevó adelante para su composición. Hoy, sin embargo, ya no es posible leerla únicamente de esta manera. La conmoción que rodeó los últimos meses de vida del autor, el sacerdote Francisco José Fernández García, es la expresión viva del contenido de las páginas que el lector tiene hoy entre sus manos y nos hace entender que no se trataba —tampoco entonces— de un ejercicio abstracto, ni siquiera de una oportuna reflexión académica. El misterio del Amor de Dios, que vertebra la obra, no puede ser abordado desde una fría distancia, ni procurando la neutralidad de una expresión desvinculada del corazón de su mensaje. Al contrario, hablar de la Caridad divina implica ineludiblemente la propia existencia, puesto que toca cada uno de los ámbitos que la conforman, en los que emerge el sentido de la vida. En verdad, este libro plasma una reflexión nacida de la vida de la fe —que desborda toda previsión interior— que encontró en el amor divino una verdad que se da a la comprensión intelectual, pero sobre todo una alegría que es capaz de colmar la existencia con su ternura. Sin embargo, ¿cómo comprender un amor tan grande, tan universal, y al mismo tiempo tan personal? ¿Qué significa vivir en la certeza de ser amados por Dios? Y, sobre todo, ¿de qué modo aparece implicada la propia vida del autor de este libro en sus páginas?

¿Pueden acaso ser rastreados en ellas los fundamentos de su mismo carácter?

No será difícil para quienes lo conocimos, percibir, en primer lugar, cómo el tratamiento del amor de Dios revela una «confianza» que caracterizó la propia vida de Francisco José Fernández. «Dios hace partícipes a los seres humanos de su capacidad para entablar una relación de amor semejante a la que constituye su esencia; pero esta relación está mediada por la confianza que los hombres tengan en Dios». El primer libro de los Reyes narra la suerte de una mujer viuda que se disponía para la muerte, cuando recibió la presencia de un «hombre de Dios» que demandó de ella una confianza contra toda esperanza. Ese acontecimiento, verdadera provocación que muestra una realidad más profunda de lo que los sentidos captan, cambió por completo su destino, de manera que el encuentro con el profeta Elías, el hombre de Dios, supuso un nuevo horizonte de vida y de plenitud (1Re 17, 16). Este testimonio de confianza revela el carácter insondable de una fe que ha marcado el desarrollo de la historia y que en la vida del autor supuso el inicio de un camino ilusionante de seguimiento a Jesucristo, el Hombre de Dios, del que el profeta Elías era un signo. La felicidad de la determinación que respondía a la llamada del Señor al sacerdocio no fue, sin embargo, una alegría utópica que se evade de la realidad, sino una aceptación de los obstáculos y las dificultades del camino, que no le impidieron abandonarse por completo en las manos de Dios sin postergar su entrega. Como la viuda de Sarepta ante el profeta Elías, también Francisco José Fernández se despojó por completo del contenido de la orza y de la alcuza, con la confianza de que el Amor de Dios cambiaría el luto en gozo, de modo que la muerte para la que se preparaba y que afrontó con serenidad sería trocada, por este Amor, en vida verdadera.

En segundo lugar, emerge en el libro la «certeza de la razón» que, aún limitada, entrevé un misterio que la supera y al que puede adherirse mediante el conocimiento. El libro reconoce la capacidad del ser humano para acceder a Dios por medio de una sabiduría natural que arranca de la vida del sujeto mismo y del cosmos. Pero, a la vez, el conocimiento positivo es incapaz de alcanzar la verdad del amor. Como la muerte, el propio amor revela el límite del egoísmo humano y de cuanto desborda el límite de la razón. La revelación de Dios transmite algo que por sí mismo el ser humano no puede alcanzar y lo ilumina, constituyéndolo además en interlocutor divino, dispuesto a recibir su mensaje y a entablar una relación con Él, una historia de amor. De la misma forma que el amor sólo con el correr de los años alcanza toda la plenitud y profundidad que en el primer encuentro no se presentía, así también la verdad comienza a desplegar su inagotable riqueza únicamente en el trato frecuente con ella. En el mar de Galilea, Jesucristo resucitado se aparece a los discípulos que vuelven a la orilla tras una noche de pesca infructuosa. Sólo los ojos del discípulo amado son capaces de reconocer la presencia del Señor y de señalarlo a los demás. En ese contexto, después de haberlo negado en su Pasión, el apóstol san Pedro, en un diálogo con Jesús resucitado, confiesa tres veces su amor. Jesucristo, que no deja de dirigir la vida de sus apóstoles con el don de la gracia, le advierte que será conducido por caminos que no concuerdan con la lógica de los hombres. Francisco José Fernández fue llamado a abandonar sus seguridades para asentar su vida en una verdad eterna: la felicidad se halla sólo en el misterio del Corazón de Jesús, en el que está contenido todo el Amor divino. El estudio de la teología abrió su propio corazón a la Verdad que toda su vida había perseguido con inquietud y le marcó un camino en el que perseveró hasta el final: la búsqueda paciente de una certeza inconmovible que es capaz —sólo

ella— de iluminar la existencia. Incluso cuando la enfermedad dificultó las posibilidades de la investigación teológica, procuró todos los medios para continuar leyendo y trabajando, recabar notas y plasmar ideas. Únicamente al final, como san Pedro, tras confesar su amor con la entrega, extendiendo sus brazos para ser ceñido por otro, habrá escuchado de boca del mismo Hijo de Dios la llamada fundamental: «Tú, sígueme» (Jn 21, 22).

Y, por último, en tercer lugar, el Amor divino, manifestado en la llegada del Esposo, «ha constituido el Pueblo de Dios», la Iglesia, sacramento del amor entre Dios y los hombres. La humanidad, recreada por el don del Espíritu Santo, se nutre del Amor divino expresado en los sacramentos y se prepara en la tensión de una espera: la manifestación del «fin del amor», la *Parousía* del Hijo de Dios. Toda la existencia es, de este modo, la travesía de un Pueblo elegido, el nuevo Israel, que se dirige, conducido por la Caridad divina, a la contemplación de su Rostro. El Amor de Dios crea vínculos de caridad entre los seres humanos que se revelarán plenos cuando la muerte sea vencida. El examen del amor es el testimonio más fiel de que ninguna obra amorosa se perderá en la noche de la memoria, es decir, de que ningún acto es banal en la representación de este mundo. La existencia entera, de parte a parte, ha sido puesta ante un destino de eternidad, determinado por el plan amoroso de un Dios cuya esencia es el Amor. Incluso el sufrimiento y la enfermedad tienen un sentido a la luz del infinito Amor sacrificado de quien permite que los hombres completen en su carne cuanto falta a su Pasión. En la vida del sacerdote Francisco José Fernández emergió la conciencia de esa fragilidad que se hace extrema cuando los retos y las metas humanas chocan con la imposibilidad. Y así vivió cada uno de sus dolores sabiendo que Alguien ya los había llevado sobre sí para redimirlos y para librarlo del poder de la muerte. No es secundario que cerra-

se los ojos a este mundo al finalizar el rezo del cuarto misterio doloroso del Rosario —Jesús que carga con la cruz del sufrimiento manifestando su Gran Poder— para desvelarse, ya sin llanto ni dolor, de una vez para siempre, y poder saciarse del semblante divino. Con sus ojos, habrá ya contemplado el Amor de Dios, en el que puso su confianza y cuyo conocimiento persiguió, como miembro del Cuerpo de Cristo. El mismo Dios que hizo puro su corazón, al permitirle participar del misterio de su pasión, habrá cumplido en él la bienaventuranza y le habrá permitido ya verlo cara a cara.

«Ciertamente, en la Teología el principal ejercicio es hablar con Dios y oírle hablar en lo íntimo del corazón; y porque esta conversación se hace por medio de secretísimas aspiraciones e inspiraciones, la llamamos coloquio de silencio: los ojos hablan a los ojos y el corazón al corazón, y nadie entiende lo que se habla más que los sagrados amantes que hablan». Estas palabras, del libro VI del *Tratado del Amor de Dios*, de san Francisco de Sales, retratan la figura del teólogo, que, en el corazón, recibe una palabra divina enunciada por el Amor, en un coloquio silencioso e íntimo. Francisco José Fernández fue ciertamente un académico brillante, dotado de una creatividad inusual, y un sacerdote comprometido; pero fue, sobre todo, un hombre que vivió cuanto escribió, porque vivió del Amor de Dios. Su vida procuró ser un reflejo tangible de esta Caridad que tanto rastreó en su investigación teológica. Sus palabras brotaron de una experiencia profunda de fe, de oración y de servicio a los demás y, por ello, su pasión por transmitir el misterio de un Dios que ama incondicionalmente se reflejó en las vidas de cuantos tuvimos el privilegio de caminar a su lado. Y si bien es verdad que su voz ya no resuena en este mundo, al leer estas páginas vuelve a nosotros con toda su claridad, calidez y pasión y nos revela el secreto oculto que fue la fuente de su alegría, de su capacidad para acompañar y de su entrega gene-

rosa: la conciencia íntima de ser amado por quien es el Amor mismo. La fe cristiana, fundada en la Caridad divina, no da la espalda nunca a la realidad —pues no se cumple en el vacío o en un idealismo falto de sinceridad— sino que, a imagen del Hijo de Dios, abraza la vulnerabilidad del ser humano en el mismo escenario donde se topa con su fragilidad, mientras aguarda la plenitud de la Vida.

«Por este motivo, aunque nos alcance la muerte y nos veamos desprovistos de la capacidad de actuar, el amor no desaparecerá de nuestra existencia. Los cristianos sabemos que el Señor de la Caridad abrirá nuestros sepulcros, nos resucitará para llevarnos de nuevo a la patria de donde un día salimos. Seremos devueltos al Edén, un jardín de delicias en cuyo centro crece el Árbol de la Vida que no cesa de dar frutos de amor». Estas palabras cierran el libro y son una hermosa síntesis de la esperanza que guió la vida de su autor, hasta el último aliento. Con profunda gratitud y en memoria de un amigo querido, hermano y sacerdote fiel, invito a quienes se acercan a este libro a dejarse guiar por sus reflexiones sobre el Amor divino. En ellas, encontrarán mucho más que ideas sugerentes y profundas, más que respuestas a cuestiones permanentes: hallarán el corazón de alguien que, abrasado por la Caridad de Dios, supo amar hasta el final. Y únicamente *cor ad cor loquitur*, el corazón le habla al corazón.

MANUEL PALMA RAMÍREZ

(Sevilla, 27 de diciembre de 2024)